

# **Vacas**

Belén Sigot



A Ana Sigot, mi madre,  
y para Salvadora.



*La imaginación de la gente, en  
estos pueblos, es feroz.*

Miguel Briante, *Kincón*.



Cuando en el campo se muere una vaca, las otras se allegan a husmearla y le van dando vueltas, bien cerca, hasta que la tierra queda hecha un pisadero. No hay una sola que no se despida de la finada: recién cuando cada una ha tocado el cuerpo con su hocico y soltado unos mugidos largos y tristes, se alejan todas y no vuelven a arrimarse. Entonces la vaca muerta empieza a hincharse como un globo y las patas se le van poniendo cada vez más tiesas. Los gusanos afloran a la vez que el olor, incluso en cuestión de horas si es época calurosa, y no pasa mucho que la carne ya se mosquea. Si uno anda por el campo, mejor no ponerse contra el viento. Del lado de la osamenta viene una avanzada acre y dulzona, a la que apenas se puede enfrentar con un pañuelo sobre las narices. Después el sol, las lluvias, los pájaros carroñeros y las ratas terminan de hacer el trabajo: a la final solo quedan el cuero achicharrado y los huesos que, al ir pudriéndose, largan una fosforescencia que en algunas noches

se ve a leguas de distancia. Ese mismo fulgor era lo que avistaban hace años los gauchos y los colonos. La luz mala, pensaban, y se les erizaban los pelos y persignándose cambiaban el rumbo del caballo, o el del carro, y daban un rodeo con tal de no entrar en el territorio de esa alma en pena.

El Aurelio Bourband se pasó la mañana buscando a la vaquillona que hacía unas semanas le había comprado a los Gabioud. Cuando llegó al campo y enfiló para la parte donde las vacas pastaban no tuvo que contar las cabezas para ver que faltaba una y cuál era. La vaquillona de los Gabioud tenía un pelaje marrón distinto al de las otras, más tenue y parejo, y en el lomo una estrella blanca. El Aurelio pensó que se habría escapado en busca de la querencia, pero la tranquera estaba bien cerrada y por más que recorrió con la camioneta todos los límites del campo no pudo encontrar ni un solo alambre flojo, ni un solo agujero por el que hubiese podido salir. Cuando volvía del lado del arroyo fue que la vio: estaba echada en la parte en que no habían sembrado forraje. Ese año los tacurúes no le dieron tregua al Aurelio, que se cansó de gastar los discos del arado en molerlos. Siempre es el mismo cantar: les pasan mil veces por encima, siembran y al final de la temporada, para los tiempos de la cosecha, las hormigas ya formaron un nuevo mogote en alguna otra parte del campo. Y en vez de terrones parece que las hormigas para hacerlos usarán porlan. En las épocas de mucha lluvia, el agua



arrastra tierra en buena cantidad hacia los bajos, hacia el arroyo, pero los tacurúes no se achican un solo centímetro. Las gotas de lluvia rebotan contra esas paredes mientras adentro las hormigas han de andar lo más secas y tranquilas.

El lomo de la vaca parecía un tacurú más entre los otros. El Aurelio se dio cuenta de que estaba muerta desde hacía pocas horas, el cuerpo recién terminaba de agarrotarse. No había pisadas de animales a la vuelta de la vaca y las demás andaban lejos, se movían en un círculo amplio, y ninguna amagaba con acercarse. Se las notaba nerviosas, y mugían a cada rato. El toro ni miraba, solo rumiaba y movía la cola para espantarse las moscas, y eso que la vaquillona de los Gabioud lo ponía loco siempre, era cosa de todos los días ver cómo la montaba. Y ahí estaban los cortes: le faltaba la carretilla, la ubre y abajo del rabo también estaba tajeada. Se fijó si no había huellas de vehículo, pero nada: ni siquiera el pasto aplastado; eso sin dudas no era obra de los cuatrereros. Además, qué cuatrero iba a tomarse el trabajo de matar una vaca para llevarse nada más que unos pedazos de carne para el puchereo. El Aurelio ya había escuchado los comentarios en el pueblo la vez que salió en el diario, y además había habido un reguero de noticias en la televisión: había pasado en una estancia de La Pampa, en unos campos de Santa Fe y en un feedlot de Pergamino, aunque en ese momento no le había otorgado mucho crédito. Qué pavada eso del chupacabras, qué

pavada eso de los extraterrestres, había pensado. Agrandan más de lo que es, se había dicho. Pero ahora estaba ahí frente a sus ojos la vaca muerta y mutilada, con cortes que no eran mordiscos de zorro ni picotazos de caranchos ni roídas de ratas. En el noticiero de Buenos Aires habían entrevistado a un veterinario que aconsejó no tocar sin protección a las vacas: usar guantes, remarcó, y no acercarseles demasiado. Habló de radiaciones y de bacterias. A él le había dado gracia el tono aporteñado con que el veterinario hablaba de las vacas, ese modo de remarcar las eses. Este no sabe distinguir una Hereford de una Shorthorn, había pensado. Buscó una rama y con eso fue rozando a la vaca. La carne parecía quemada y era un corte recto, parejo. “Mano de cirujano”, había dicho en el noticiero el dueño de uno de esos campos. Del lado de la cabeza que estaba contra el suelo faltaba el ojo y a la lengua se la habían arrancado entera.

Al otro día la vaca, a pesar del calor, no hedía aún y no había asomado ni un solo gusano, y ni señales había de que fuera a mosquearse. Al tercer día no habían aparecido ni olor y ni gusanos ni moscas. Al cuarto tampoco. Ni al quinto, ni al sexto. Y las otras vacas que le seguían arisqueando, y los caranchos que ni siquiera le aleteaban encima. Al séptimo día el Aurelio trajo una bolsa con cal viva y la echó sobre la osamenta. La vaca quedó convertida en una figura blanca, como un monolito, en medio de los tacurús.